

sobre mí, á quien solo mirais anegado en este mar de penas, sin reconocer más que esta humanidad tan maltratada de mis enemigos; y si solo os gobierna la compasion humana de verme así hollado y afligido, guardad esos lamentos y esas lágrimas para verterlas sobre vosotras y sobre vuestros hijos; porque dentro de algunos años vendrán sobre esta ingrata ciudad dias tan calamitosos y terribles, que digais á gritos: «Bienaventurados los estériles, y dichosos los vientres que no engendraron jamás, y los pechos que nunca dieron de mamar. Tan cruel y espantosamente vereis despedazados y muertos vuestros hijos, depósitos de vuestro amor, que vencido el gusto de tenerlos, deseareis no haber sido nunca madres.

»Vosotras entónces desahuciadas de remedio con el asombro de la jamás vista calamidad, que ya desde hoy se os entra violenta por los muros, dareis desesperados gritos á los montes, pidiéndoles os opriman derribándose sobre vosotras, y á los collados más soberbios que aunque sea dejándoos difuntas os cubran con sus sombras; teniendo esta desdicha por menor que veros en desastres y ruinas tan horribles, porque si en árbol tan verde, tan gallardo y florido, cual soy yo florido y hermojado de virtudes y gracias, descarga la Divina Justicia golpe tan severo, como veis por sola la apariencia que tengo de pecador; ¿en un tronco seco y estéril, destituido de verdor y flores de obras santas, dispuesto ya para la hoguera por sus enormidades, cuáles rigores ejecutará?»

Entre las piadosas mujeres que lamentaban á Jesús, se señaló una, cuyo nombre era Verónica, la cual con ánimo y valor infundido de los Cielos rompió por el escuadron de los soldados, llegó á donde estaba Jesús rendido á la pesadumbre del madero, sudando por el rostro la sangre que manaba de las heridas de los juncos de que iba trágicamente coronado, y con un delicado lienzo se le enjugó con reverencia y veneracion á su persona; y Jesús en prueba de que le habia sido agradable aquel obsequio y culto de su conocimiento y de su amor le dejó estampado en la toalla su semblante, que despues ha sido religioso memorial de aquella mortal fatiga á la devocion de los fieles.

Pero el espectáculo más memorable que en este doloroso y triste camino aconteció, fué cuando se dieron vista el Hijo y Madre. Acompañaba María á Jesús, asistida de la Magdalena y otras deudas suyas llorando con lágrimas del alma sus dolores; caminando con él á la funesta cumbre del Calvario, para ofrecer en sus rocas por Ara el sacrificio vespertino de Jesús al Padre, por la redencion del mundo, y viéndole arrodillado por la carga del madero en que iban las culpas de los hombres, penetró valerosa las alas militares y se le puso á los ojos. No le hablaron sus labios, porque se levantó con ese oficio el corazon, y conservándose uniformes aquellos milagrosos Espíritus recíprocamente lamentaron sus tormentos y se esforzaron con ánimo mayor á consumir el holocáusto con cuya fragancia se habia de aplacar el Padre Eterno con el mundo.

CAPÍTULO XXXVIII

EN EL CALVARIO CRUCIFICAN LOS SOLDADOS Á JESÚS



ERCA de Jerusalem se levantaba con eminencia moderada un monte llamado Gólgota ó Calvario, porque en él como en público lugar donde ajusticiaban á los facinerosos habia gran número de calaveras. Llamósele antiguamente Moria, porque en su misteriosa cumbre dispuso Abraham sacrificar á su unigénito Isaac, en quien segun la promesa de Dios habian de ser benditas todas las naciones, solemne representacion del sacrificio de Jesús en estas mismas aras, con cuya sangre habian de lograr los hombres la eterna bendicion. Estaba tambien en este Monte sepultado Adán, fuente primera del linaje humano, esperando tan dilatados siglos la consumada absolucion de su delito, que hoy obtuvo con la muerte de Jesús, su Hijo segun la carne y su fiador en el tribunal de la Divina Justicia.

A lo alto de este memorable monte llegaron los soldados y ministros con Jesús, tan fatigado de lo ágrío y peñascoso de la subida que apenas podia respirar lo helado del aliento. Sin tardanza se aprestaron los verdugos á la ejecucion del suplicio, temerosos no espirase antes de ponerle en el infame madero, repartiéndose unos á cavar la fosa donde se habia de fijar la Cruz, otros á hacer en ella los barrenos para los clavos y los demás á prevenir otros espedientes para la crucificacion, instando en estas diligencias con calor y ardimiento los Pontífices y Fariseos, en cuyos corazones brotaban más vivas las llamas del rencor que en los soldados los deseos de obedecer al Presidente.

Mientras en esto se ocupaban dieron á Jesús un vaso de vino preparado con mirra y hiel. Era costumbre entre los Judíos dar á beber á los que habian de crucificar una porcion de vino regalado y vigoroso en que mezclaban mirra, aroma confortativo, para que los miserables tuviesen aliento y fortaleza con que sufrir los cruelísimos dolores de aquel linaje de castigo, acompañando así el rigor de la justicia con la templanza de esta caridad. Pero los Judíos con furor impio mezclaron hiel en el vaso para que con su intolerable amargura no pudiese pasar el vino preparado; y así aconteció, porque gustándole Jesús no le quiso beber y quedando sin aquel reparo del vino noble y aromático licor espuesto á toda la impiedad de los tormentos.

Dispuestas las prevenciones necesarias desnudaron los soldados á Jesús dejándole de todo punto en carnes, circunstancia inevitable de aquella especie de suplicio, sintiendo en esta cruda desnudez Jesús mayor tormento que el morir. Ni pudo María socorrerle aunque lo deseó porque el escuadron militar le tenia cercado y defendido de manera que ninguno pudiese pe-

netrar á darle algun alivio. Ocupábanse pues, Madre é Hijo en levantar los ojos y el corazon al Padre Eterno ofreciéndole aquella inestimable victima de su vergüenza virginal á que atrevidamente perdian el decoro los ojos y desprecio de tanta gente vil y popular, verdugos libres de su pureza, más crueles entonces que cuando lo fuesen de su cuerpo y de su vida.

Mandaron estos á Jesús que se tendiese en el madero de espaldas y obedeciéndoles él como á Ministros de su Padre que con inefable amor del mundo le entregaba á su rigor, sin divertirse de tan soberano y dulce motivo el pensamiento, con cuatro clavos fuertes y grandes le clavaron á la Cruz ambas manos y ambos piés, siendo inesplicable el dolor que en este durísimo tormento sintió Jesús por ser tan nerviosas y delicadas las partes en que se hicieron las heridas; pero cuanto más sentia de dolor la carne barrenada, tanto se gozaba más el Espíritu, pues así satisfacía más copiosamente por el agravio que el hombre habia hecho á la divinidad y era crédito de Dios ofendido que le desenojase el mismo Dios padeciendo tantas afrentas y tormentos.

En esta forma, desnudo y clavado levantaron á Jesús en alto y fijaron seguramente la Cruz en la cava que ya tenían prevenida, poniendo en lo alto de ella el título que habia escrito Pilato: «Jesús Nazareno Rey de los Judíos.» El alarido y confuso clamor que se levantó en la muchedumbre fué grande, porque los Judíos, en especial los Sacerdotes y Fariseos, cantaban victoria de su mayor enemigo puesto ya en el suplicio más infame, hecho público espectáculo del vilipendio y contumelia á todas las naciones que habían concurrido á la solemnidad de la Pascua, y de todas habían subido no pocas al Calvario.

Pero María, Madre de Jesús, acompañada de María Magdalena y otras devotas matronas afectas á la doctrina del Señor, estaban aunque de lejos asistiéndole con la piedad y culto de sus lágrimas, consagrándole deseos de aliviarle en sus tormentos, si bien no les era permitido ejecutarlos porque los escuadrones de soldados cercaban la persona de Jesús no dando lugar á que llegase nadie á socorrerle. Tambien muchos discípulos que en secreto tenia Jesús le acompañaban en ocasion tan dolorosa, enviando de sus corazones á los Cielos gemidos lamentables viendo aquel inocentísimo Señor crudamente ajusticiado como el mayor de los facinerosos, siendo estos y aquellos sentimientos los agradables perfumes con que subia á la presencia del Padre el holocausto de su Hijo.

Era el móvil y principal causa de haber solicitado con tanto empeño los Judíos que fuese crucificado Jesús, el odio mortal que le tenían como á enemigo público de la nacion, y así al tiempo de fijar la Cruz en su fosa observaron atentos que no quedase en ella con el rostro hácia Jerusalem como indigno de mirarla, habiendo procurado, segun imaginaban, su ruina. Pusieron pues, á Jesús vueltas las espaldas á la ciudad que estaba al Oriente y el rostro al Occidente, cuya cabeza era Roma y estando Jesús coronado, aunque de espinas, en aquel teatro emi-

nente, pareció que elegia desde entonces á Roma para cabeza de su Iglesia, celebrando en el Calvario el repudio de la Sinagoga que con tan obstinado menosprecio le habia arrojado de sus muros y regádole aun el rostro en aquel Monte.

A los lados de Jesús pusieron en dos cruces á dos ladrones, como lo habia decretado el Presidente, desnudos y clavados los pies y manos con clavos fuertes de hierro en la misma forma que Cristo, y estando en medio de ellos Jesús era demostracion que le habían condenado á muerte tan cruel por más pernicioso que ambos, y que como Rey de malhechores les precedia en el lugar. Cumpliéndose entonces la Escritura que decia: «Fué reputado por facineroso y ajusticiado como á uno de ellos.» Porque el estudio y ardimiento del Demenio, cuyos instrumentos eran los Judíos y Gentiles, no se terminaba en quitar la vida á Jesús, sino tambien se encaminaba á infamarle en la honra y sepultarle con ignominia el crédito que ya tenia, borrando su fama y estimacion de la memoria de los hombres.

CAPITULO XXXIX

CONVICIOS Y AFRENTAS QUE LOS SOLDADOS Y JUDIOS HICIERON Á JESÚS CRUCIFICADO



CRUCIFICARON á Jesús cerca de las doce del dia, cuando el sol en su fuerza bañaba con la claridad de sus rayos el mundo, y escogió esta hora Jesús para que su ignominia fuese mayor, porque como habia dicho el Profeta Jeremías deseaba satisfacer el hambre que tenia de contumelias y oprobios. Y con este mismo acuerdo dispuso que los más que asistian al doloroso espectáculo de su Cruz conspirasen en blasfemarle colmando de repetidas afrentas su dolor, dilatando por algun espacio las tinieblas con que se habia de inclinar el mundo en la muerte de su Señor, para que no tuviesen esa defensa sus mejillas cuando las crueles y sacrilegas lenguas de los impíos Hebreos y Gentiles se las maltratasen con oprobios.

Los soldados atentos á su comodidad, luego que fijaron á Jesús en el madero recogieron las vestiduras de que le habían desnudado y como despojos de delincuente les tocaban y echaron suertes sobre ellas, para ver sin pleito ni contienda lo que de ellas cabia á cada uno. Habia entre las demás una túnica inconsútil, no cosida á piezas como las otras, sino tejida de punto de alto á bajo hasta los pies, obra de la curiosidad y amor de María Madre suya que cuando niño de pecho se la labró, y desde entonces habia ido creciendo al talle de Jesús. Viéndola así entera los

soldados acordaron no partirla sino sortearla, y que á quien cupiese la llevase. Dispuso Dios esto para que se cumpliese la Escritura que decia: «Dividieron entre sí mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes.» Con tan ancianos acuerdos obraba Jesús por mano del que parecia casual de los sayones las calidades de nuestra redencion.

Los Judíos que por mofa y desprecio pasaban por delante de Jesús, con indecentes ademanes y atrevimiento de irrisiones impías se le ponian á mirar y le decian: que no sin causa y prueba de algun delito enorme le habian puesto en aquella Cruz el Presidente y los Pontífices, y meneando las cabezas repetian: «¡Ah! ¡ah! tú que destruyes el Templo de Dios y en tres dias le levantas mejorado, líbrate, pues tienes tanto poder, bajando de esa Cruz, y si eres Hijo de Dios como nos predicabas, desciende presto de ese madero infame que no es el sitio decoroso á un Hijo de Dios. Sin embargo de las burlas que estos decian á Jesús, otros esperaban que hiciese algun prodigio de los muchos que le habian visto obrar, y no se despedian aguardando á ver en qué paraba lo que tenian concebido de él.

Pero los que más sangrientamente le blasfemaban eran los ladrones que estaban crucificados á sus lados, porque estos como hombres rústicos acostumbrados al descaro con furioso desuello le decian: «Si eres el Rey Mesías como en tus sermones repetidamente predicabas, ¿para cuándo guardas tu poder? Muéstrale ahora librándote de la Cruz y tambien á nosotros, pues somos tus compañeros en el suplicio y todos hemos sido igualmente condenados, pero tú debes ser tan grande embustero como salteadores nosotros; y así tambien pereces en esa Cruz como nosotros en estas.» Tales contumelias decian entonces á Jesús Gestas y Dimas, que así se llamaban los malhechores que con él mandó crucificar el Presidente.

Los Príncipes de los Sacerdotes, los Ancianos del Pueblo, Fariseos y Doctores que habian subido al Calvario á dar calor con su autoridad á la ejecucion de la sentencia viendo á Jesús en el patíbulo con risa y mofa se decian los unos á los otros: A muchos libró de sus enfermedades y peligros, pero á sí mismo no puede librarse de la Cruz. Tan falso es lo primero como cierto lo segundo; pues no pretenderá persuadirnos que amaba más á los paralíticos y ciegos que á sí propio, y si no tiene poder para librarse del tormento, ¿cómo será creíble que le tuvo para remediar como daba á entender á tantos miserables?

»Ahora ha llegado el estrecho en que ha de mostrarse con precision ó que tiene poder para librarse bajando ó que ha mentido en lo que tantas veces predicó, y no descendiendo se vencerá ser embuste su afectacion de divinidad. Siempre dijo este hombre que habia venido al mundo á salvar las almas, y que el medio inescusable de conseguir la eterna felicidad era creer en él. Ahora pues, en su presencia y testigos decimos que si en la verdad es el Mesías Rey de Israel baje luego de la Cruz, y en viéndole nosotros le reconocemos por tal y creeremos en él, y será esto tan seguro que lo puede dar por hecho, ya cree-

mos en él bajando de la Cruz, y cual pudiera desear para convertir á su fé á toda su nacion como la que le ofrecemos de abrazarla. Pues siendo nosotros de su escuela ninguno de sus naturales escusará ser su discípulo.»

Pero viendo que Jesús no se movia con su proposicion gloriándose en este argumento de que convencian ser falsa la Divinidad de Jesús, y como triunfando con él, unos á otros se decian: «Si es el Cristo querido de Dios muéstrelo en eximirse de la crueldad de ese tormento. Si como Hijo de Dios confia en él, veamos nosotros que le libra, si pretende le veneremos como tal; y con esto parecerá verdadera su predicacion en que tan repetidamente pregonaba que era él Hijo de Dios.» Burlábanse tambien de Jesús los soldados pretorianos, que aludiendo al título que el presidente habia mandado fijar sobre su Cruz: «Jesús Nazareno Rey de los Judíos,» no penetrando los misterios que encerraba le decian que mostrase serlo en romper los clavos y descender libremente del madero.

Pero así los Pontífices como los soldados erraban imaginando que bajar del suplicio de la Cruz podia ser argumento de Divinidad, siendo la constancia en padecer demostracion de ánimo heroico y mayor que humano. Y si la redencion del mundo se habia de obrar por medio de su muerte, como lo habian pronunciado los Profetas y el mismo Jesús lo habia predicado á los Judíos tantas veces, dejar imperfecta la principal accion á que por órden de su Padre habia venido de los Cielos ni era decente á un buen hijo, ni hazaña de un redentor que juntamente era Dios, inmutable en sus decretos. Ni podia ser de importancia la Fé que le ofrecian los Pontífices á precio de flaquear él en la paciencia, negándose á motivos y obligaciones tan urgentes. Enseñó pues, desde aquella cátedra Jesús que la perseverancia corona al padecer, y que una paciencia coronada es la real insignia de un Dios hombre.

CAPITULO XL

TESTAMENTO DE JESÚS

Jesús pues, cuando el escuadron de horrendas ignominias y de dolores inmensos á no ser quien era le turbára la quietud del seso y la tranquilidad de su paciente constancia, obrando entonces conforme á la alteza de su magnánimo y deiforme corazon, y mostrándose digno del título que por inspiraciones suyas ocultas le habia puesto sobre la cabeza Pilato, nombrándole Rey de los Judíos, acordó mirar por ellos como por vasallos suyos é hijos de los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, de quienes descendia

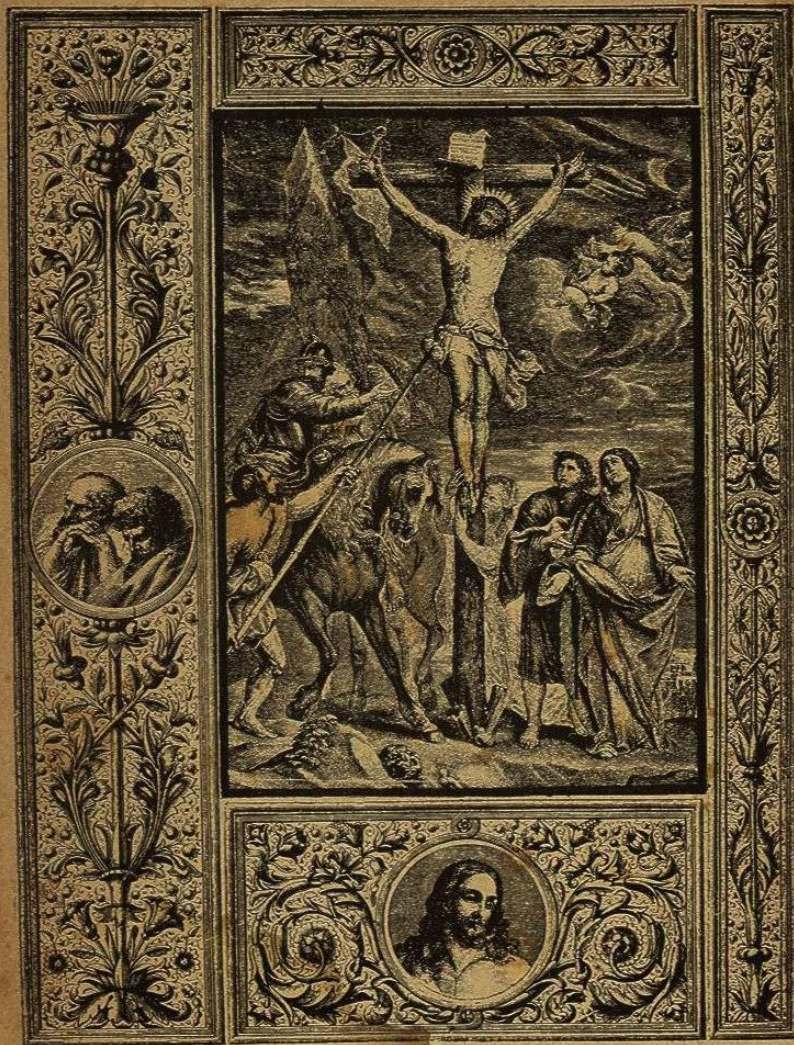
él según la carne, y recojer aquella ingrata nación al abrigo de sus alas, dilatando su protección paterna á todos los hombres en el decurso de las edades venideras y mostrando que por todos se derramaba aquella sangre.

Y considerando que le faltaban ya pocas horas de vida y que la suya era Sagrado Magisterio de los hombres, dispuso hacer su testamento, dedicando esta legítima acción en su persona para instruir con ejemplar tan soberano que el testar un hombre no solo es dictamen de la razón, sino precisa ley de lo verdadera que es la cristiana santidad. Debemos todos al buen ejemplo del mundo, y al salir de él es inevitable darle satisfacción de la vida que recibimos al entrar en sus compases, mostrando de qué manera la dejamos después de la posesión y usura de ella, para que sepa la posterioridad qué linaje de memoria ó infame ó digna de veneración debe dar á quien se ausentó de los humanos ojos para siempre pasándose á la eternidad.

Moria Jesús acusado y ofendido de los Judíos gravemente, y pudiera pensar la perfidia ó la ignorancia que se partía de este mundo sin perdonarles tanta deuda de que en la perversidad humana pudiera nacer confirmación de odio, sin retratarle aun a los ojos de la muerte; y comenzó Jesús su testamento declarando á voces que no le habían hecho agravio los que le habían fijado en aquella Cruz, pues les había regido la ignorancia, y que él como parte los perdonaba de corazón, y suplicaba al Juez que era su Padre les otorgase aquella misericordia pasando el perdón que él les concedía. «Padre, le dijo, perdona á estos que me han tratado con tanta crueldad, porque no saben lo que hacen, su ceguera los disculpe en tu tribunal, beneficio sentirá mi piedad en su remisión.»

Luego que los Ministros de Justicia levantaron á Jesús en el alto, muchos se volvieron á Jerusalem, porque era ya medio día y habían trabajado no poco la mañana y apetecían la mesa y el descanso y los que se quedaron en el monte se divertieron en sortear las ropas de Jesús ó en juegos propios de su profesión, y así tuvieron oportunidad de acercarse al patíbulo, María, Madre de Jesús, asistida de otras religiosas mujeres, que mientras duró el estruendo y crueldad de los verdugos, estuvieron apartados no porque les faltase amor para derramar su sangre por él sino porque Jesús no se lo consentía, por padecer á solas el riguroso tormento de su Cruz, y no deseaban ellas más que darle gusto.

Estaba María su Madre cerca del madero en que pendía su Hijo, y aunque los puñales del dolor le atravesaban el alma, no mostró debilidad de mujer, sino constancia y firmeza propia de quien era Madre de un Dios. Estaba pues, al pié de la Cruz no tanto para mostrar en sí la imagen de una Madre compasiva y lastimada con los dolores de su Hijo (cuales pudo dar para ejemplares del materno afecto la naturaleza), sino antes mayor que mujer y Madre, Sacerdotisa ya del más divino holocausto ofrecía al Eterno Padre los tormentos y muerte de Jesús, Hijo comun de los dos, por la redención del mundo con magnánima



LA CRUCIFIXION

disposicion de consagrar su vida en las mismas sangrientas aras que Jesús, si para el logro de la salud de los hombres importara. Mas siendo la sangre de Cristo de valor infinito no necesitaba el mundo de otro Redentor y así solo se concedió á María el sacrificarse en el altar de sus deseos.

Acompañaban en este, si sagrado tristísimo lamento, muchas matronas á María, Madre de Jesús, á quien con empeñado amor habian venido siguiendo desde la Galilea, ministrándole de sus haciendas lo necesario para el sustento de su persona y familia. Señalábase entre todas María Magdalena que viendo á Jesús pendiente y desangrado en el funesto madero por su bien, comenzó á amarle de nuevo, teniendo á sus ojos como propio su o el espectáculo y magisterio del más ardiente amor. Estaba también María, mujer de Alfeo ó Cleofas, madre de Jacobo y Joseph, sobrina de María, Madre de Jesús, y también María Salomé, mujer del Zebedeo y Madre de los Apóstoles Diego y Juan: admiracion grande que cuando los discípulos que por el privilegio de la naturaleza eran varones, y por los de la gracia más favorecidos y obligados, huyeron todos en Getsemaní, las mujeres tuviesen valor para despreciar los espantos de la muerte y entre las cuchillas y cruces asistir constantes á su Maestro en el Calvario.

Pero Juan, como Apóstol más privilegiado en el amor de Jesús, si bien le desamparó cobarde en el Monte de las Olivas, no le sufrió el corazon dejarle de ver morir en el Gólgota, y reprendiendo su pusilanimidad se entró por los peligros y se puso al lado de María, enfrente de Jesús pagando con fervientes lágrimas el hiel que habia mostrado en Getsemaní y suplicándole con aquellas sílabas del alma el perdon de su delito. Ni para sí solo imploró la clemencia de Jesús, para sus condiscípulos también la solicitaba, interponiendo la intercesion y sombra de María, asegurando con este patrocinio la absolucion de su Colegio.

Todo lo vió Jesús, y considerándose Hijo verdadero de María y Padre civil ó místico de sus Apóstoles y en ellos de todos los fieles, decretó subrogar su persona en la de Juan, para que María le mirase como á Hijo, Vicario y sustituto suyo, y Juan tuviese á María por su Madre, y como á tal la sirviese y respetase, acudiendo con seguridad al abrigo de su proteccion. Así le pareció que dividia entre su Madre y discípulo los oficios de piedad.

Poniendo pues, los ojos en su Madre le dijo Jesús: «Señora, veis ahí á vuestro Hijo, con tanta firmeza os constituyo en este mi testamento Madre de Juan, que casi no os queda respecto de mí, el nombre de madre; mujer os considero solamente. El amor que me habeis tenido como á Hijo en este mundo compadeiéndoo de mis necesidades y trabajos, ya no necesito de él, pues dentro de breve espacio pasaré á los brazos de mi Padre. Este linaje de maternidad lo transfiero en mis Apóstoles y fieles mientras vivieren en el mundo; porque en ellos me quedo yo, y en ellos le habré menester no en mi persona, gloriosa ya en

los Cielos, y á esta luz su madre sois, no mía. Para mí ya no sois más que mujer, porque toda os quiero Madre para ellos.»

Viendo luego Jesús á su amado discípulo le dijo: «Juan, ves ahí á tu Madre María que hasta aquí lo fué mía y con afectos dolorosos y compasivos de verme padecer me está acompañando.» Al punto que Juan oyó las palabras de Jesús, en que le criaba hijo de tan Soberana Madre, la reconoció Señora de sus bienes (cuales se compadecían con el voto de pobreza que tenía celebrado en manos de Jesús), para servirla siempre con ellos como á tal.

Mientras Cristo así disponía esta cláusula de su Testamento, aconteció un milagro de su gracia. Porque Dimas, uno de los dos ladrones que á su lado pendían en sus cruces, viendo la paciencia con que Jesús toleraba sus oprobios y la tranquilidad con que obraba los oficios de piedad, pidiendo al Padre Eterno perdonase á sus acusadores y verdugos, y encomendando su Madre á su más querido discípulo, y este al amoroso abrigo de su Madre, bañado de luz divina, conoció que sin duda era el verdadero y natural Hijo de Dios, y oyendo la impiedad con que Gestas su compañero blasfemaba de él, le reprendió severamente diciéndole: «Ni tú temes á Dios, que estando en el mismo tormento que él, tienes ya tan corta vida y te falta tan poco para pasar á la Eterna en que darás estrecha cuenta á Dios de lo que has obrado en la tuya, y en especial de las irreligiosas contumelias en que perseveras diciendo contra este inocentísimo Señor; repara que nosotros en el suplicio de estas cruces padecemos dignamente lo que tienen merecido nuestros desafueros, insultos, robos y homicidios; mas este Señor, ocupado siempre en hacer bien, ¿cuándo ó en qué pecó para que le hayan tratado así?»

Y desatado el corazón en lágrimas ardientes, que brotaban á sus ojos los afectos vivos de caridad y sobrenatural penitencia de sus culpas, vuelto á Jesús el semblante vergonzoso y reverente, si bien animado de firme esperanza del perdón de sus delitos fundada solo en la generosa liberalidad con que veía que Jesús, pródigo de su vida y de su sangre la derramaba por los mismos que le habían fijado en el madero, le dijo: «Señor, ya os partís de este ingrato mundo, que tan indignamente os ha tratado, y será sin duda para ir á vuestro Reino á coronaros de Gloria; una cosa sola os suplico y es, que cuando os veais en vuestra Monarquía os acordéis de mí.» En premio de aquella confesion de su Divino Sér, le respondió Jesús: «Seguro puedes estar de lo que pides, pues te empeño mi palabra que no se pasará el día de hoy sin que estés á mi lado en el Paraíso, siendo bienaventurado en mi compañía, porque verás claramente mi Divinidad que pendiente mi cuerpo en esta Cruz adoras.» Así legó Jesús el Reino Celestial á los pecadores penitentes en cabeza del ladrón, para que nadie tenga disculpa de no entrar en posesion de los Estados de la Gloria.

Dentro de breve espacio encomendó su espíritu y alma al Padre Eterno, no porque corriese peligro despues que se desatase

de los lazos de la carne, pues siempre habia de estar unida á la Divinidad, sino para instruir á sus fieles en el arte de morir que es la mayor sabiduría. Ni el encomendar su Espíritu á su Padre fué deprecacion de que se le librase del leon como en nosotros acontece, porque Jesús no tenía causa de temerle. Fué pues solo, depositarle en el pecho de su Padre, donde como bueno y fiel Hijo le habían siempre tenido, mostrando que el hombre cuando muere, allí deposita el alma hasta la resurreccion donde antes la colocó.

No encomendó su sacrosanto cuerpo á la tierra, porque no habia de entrar en sus senos sujeto á la corrupcion que en ellos experimentan los mortales. Sabia que tenía dicho en su persona David, que no consentiria Dios que su santo viese el semblante feo á la putrefaccion. Tampoco ordenó legado alguno de bienes temporales, porque aun los vestidos le habían sorteado por suyos los soldados. Desnudo en carnes murió el Patriarca de la perfeccion, así enseñó que deben espirar los pobres evangélicos, levantados con el afecto de la tierra, colocado el espíritu en solo Dios y tan despojados de preciosas alhajas y arreos temporales como entraron por el nacimiento en este mundo.

CAPÍTULO XLI

ORACION VOCAL Y MENTAL DE JESÚS



IRRMINÓ Jesús su testamento habiendo repartido en esta forma sus bienes; y para componerse á morir acordó entrar en sosegada oracion, y así mandó á los orbes celestiales causasen densas tinieblas en el mundo, para que aprisionados con ellas los verdugos no le turbasen su quietud. Habiendo pues, estado en el madero desde poco antes de medio día, que fué cuando le crucificaron, pasado algun espacio en que acontecieron algunos de los sucesos referidos, de repente ocuparon el mundo todo enlutadas sombras, interponiéndose aceleradamente la Luna entre el Sol y la tierra, y causando prodigioso eclipse en todas las regiones y provincias, cuando conforme el orden de la naturaleza era imposible por ser entónces plenilunio y estar la Luna distantísima del Sol.

Estas tres horas que comenzaron poco despues de la sesta de los Judíos y las doce de nuestros relojes, convertido el mundo en oscuro oratorio, cerradas las ventanas estuvo Jesús en misterioso silencio sin pronunciar en alta voz palabra alguna. Y gozando de aquel sosiego se puso en altísima oracion, acompañada de lágrimas y ruegos á su Padre, representándole con dolorosos gemidos los cruelísimos tormentos que estaba padeciendo en aquel horroso suplicio, en orden á que aceptase el holocausto